



Las yeguas, los monos y los cocos del Apocalipsis

Conocí a *Las Yeguas del Apocalipsis*. Más bien, conocí a Pedro Lemebel, uno de sus dos integrantes. Él es un individuo de pómulos prominentes, de labios siempre delgados y entreabiertos, fieles compañeros de una facción que parece estar manifestando constantemente algún tipo de decepción. O la decepción misma.

Pedro es un mutante de morenez pálida, tenaz vomitador de palabras merengues o manjarosas ácidas, que pulcramente distribuidas caían mulliformes y ciclópeas sobre el papiro apergaminado de las sábanas o sabandijas culturales de ciertas revistillas izquierdosas, elaboradas con tenaces artículos rococós, así como de este estilo.

Yo lo conocí en 1992 cuando entré a trabajar ingenuo, verde y negro por

derramar neuronas a una revista de procedencia sospechosa y de nula publicidad: la *Página Abierta*. Fue ahí, a los tres meses de llegado, cuando fui haciéndome de un escritorio con materiales reciclados y espacios ajenos, bajo la mirada analítica, pero humana (con todo lo que ello significa) de periodistas bastante curtidos que no se explicaban cómo yo -pen-dejo hasta decir basta- estaba sentado allí, compartiendo el mismo sitio de aquellos que antes de la pluma habían empuñado el fusil para lograr la liberación del pueblo. Sucedió que yo entré por un tío. Y el fusil de ellos tampoco fue tan verdad, sino que tuvo hartos brotes de elucubración.

Dentro de ese ambiente periodístico guerrillero, arremetía torbellinesco y juerguero un individuo que sin tener un lugar -como yo- asentaba sus extremi-

dades sobre los escritorios de todos, sin reparar cargos ni historiales. ¿Cómo entré en razón con él? No sé. Creo que fue en una conversación trivial, cuando le sorprendió el que yo preguntara -en su presencia- "¿Las Yeguas de qué?"... Su interés en mí debió generarse en su ego herido.

Y así, conversando, lo fui conociendo. Una vez que hablábamos de la Revolución, y luego de vomitar en la posibilidad de ese hecho, me narró un cuento: "Habían cuatro islas y en cada una habitaba un mono muerto de hambre. En esas islas habían palmeras con cocos altos, muy altos. Realmente era muy difícil sacarlos y los monos se seguían muriendo de hambre. Un día, a las tres de la tarde, a un mono se le ocurrió lanzarle piedras a los cocos para que cayeran. Y lo consiguió. Ese mismo día, a la misma hora, los otros tres monos hicieron lo mismo. Los cocos caían y caían". ¿Habrían aceptado esta versión de la Revolución aquellos periodistas de la *Página Abierta*? Sin duda que no.

En otra oportunidad, Pedro me contó que habían roto con su novio (un muchacho de 17 años, según recuerdo), porque éste había optado por seguir con su ex-polola. En venganza, Pedro diseñó un corazón de caca humana en la puerta del joven. Eso se llama un corazón hecho mierda. Y si es de corazones, una vez Lemebel participó en un concurso de fotografías por fax. Se le ocurrió pegarse una calcomanía con forma de corazón en el pecho, que se le despegara de un girón y mostrara por dentro un corazón de carne roja, rodeado de pen-dejos varoniles.

Varias performances le conocí también a Pedro Lemebel. Performances cotidianas y secretas, pero creo que asistía al final de la historia, a una especie de repetición simultánea, de cortes fotográficos pasados.

La última vez que lo divisé fue en el "777", hace un par de meses. Entró ebrio -muy ebrio- y recorrió con su mirada achinada a los presentes. De pronto reparó en mí. Intentó enfocarme, hizo un gesto indescifrable, casi imperceptible y volteó hacia sus amigos. Yo aún me pregunto cuándo comenzarán los monos a botar los cocos.